IV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

"Lo llevaron a un barranco con intención de despeñarlo" (Lc 4,21-30)

El Domingo pasado escuchábamos cómo Jesús, como era su costumbre, acudió a la sinagoga de Nazaret un sábado. Como bien sabemos, Nazaret era el pueblo en el que el Señor se había criado. ¿Cuántas veces habría asistido a esta misma sinagoga a lo largo de su vida, desde que era un niño? En esta ocasión, sin embargo, había una diferencia fundamental: luego de acudir a Judea, para ser bautizado por Juan, luego de pasar cuarenta días en el desierto y vencer las tentaciones del diablo, el Señor "volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la región. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo alababan" (Lc 4,14).

Hemos escuchado que fue desconcertante la reacción de los habitantes de Nazaret al declarárseles Jesús como el Mesías por ellos esperado: ¿cómo va a ser el Mesías deseado un aldeano hijo de un carpintero, sin cultura ni renombre?; "¿no es éste el hijo de José?" ¿Cómo era posible que alguien que había vivido entre ellos desde pequeño y nunca se había distinguido especialmente entre sus paisanos pudiese de pronto alzarse entre ellos y afirmar solemnemente que Él es el Mesías enviado por Dios? Surgió la desconfianza entre ellos, y la incredulidad dio paso a la dureza de corazón. No estaban dispuestos a aceptar tan fácilmente que Él fuera el Mesías enviado por Dios mientras no fueran ellos mismos testigos de los signos y señales con los que ya se había manifestado en otros pueblos vecinos de Galilea.

En la vida del Señor Jesús se realiza también el destino de todos los profetas auténticos: ser bandera discutida, signo de contradicción. Todo profeta enviado por Dios está llamado a denunciar el mal para enderezar los senderos torcidos, por ello su prédica no puede esperar la adhesión entusiasta de las masas y multitudes. Muchos dirán acaso "qué bien habla", pero cuando sus palabras como espada de doble filo penetren hasta las coyunturas de su ser y denuncien sus tinieblas, invitándolos a abandonar las sendas torcidas y convertirse de su mala conducta para caminar a la luz de los designios divinos, lejos de escucharlo con humildad y cambiar de vida buscarán quitar de en medio a quien denuncia su maldad: "Es un reproche de nuestros criterios, su sola presencia nos es insufrible… Condenémosle a una muerte afrentosa" (Sab 2,14.20).

El Señor sabe bien que "ningún profeta es bien recibido en su tierra". La tarea del profeta no es fácil. Al mensajero divino que es fiel a su misión no le espera una multitudinaria acogida, fama, aplausos, reconocimiento de las multitudes o de los poderosos… Un profeta encontrará resistencia y oposición a veces muy dura, y la oposición más fuerte parece ser de los de su propia casa, es decir, de aquellos que viven con él y "ya lo conocen".

El mayor sufrimiento del profeta es ver rechazado su mensaje de liberación y salvación, comunicado a sus oyentes sin otro interés que el amor y el deseo del máximo bien para ellos. El rechazo de Jesús por parte de muchos judíos lo hizo

llorar de pena y amargura; pero aprovechó ese rechazo para enviar a sus discípulos a llevar la salvación fuera del pueblo judío, al mundo entero.

Todo cristiano es mensajero y profeta por vocación, mas puede traicionarla, como dice san Juan: "Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron". El cristiano verdadero acoge a Cristo en su vida real diaria, y es de aquellos de quienes dice el mismo evangelista: "A cuantos lo recibieron, les concedió ser hijos de Dios".

Por consiguiente, como cristianos que somos no podemos quedarnos callados, no podemos escondernos ni acobardarnos, no podemos renunciar a la misión que Él nos ha confiado a todos de anunciar el Evangelio. No podemos defraudar al Señor por miedo al "qué dirán", por evitar el conflicto o la incomodidad, por respetar lo "políticamente correcto", por juzgar que "yo no soy capaz", por ceder a la cobardía o al "complejo" de ser y mostrarme creyente. A los discípulos de Cristo se nos pide hoy dar razón de nuestra fe, hablar venciendo nuestros temores e inseguridades, dar testimonio valiente del Señor y defender a la Iglesia nuestra Madre con pasión.

Así pues, alentado por el Señor, no temas dar razón de tu fe. Y si sucede que alguna vez te quedas callado porque careces del conocimiento debido y no sabes qué responder, investiga luego, pregunta, infórmate mejor, para que la próxima vez que te encuentres en una situación similar no te falte el conocimiento necesario para defender la fe y anunciar al Señor y su Evangelio.

Que María nos ayuda a ser verdaderos discípulos misioneros de Jesús, que ella nos enseñe a dar testimonio valiente del Señor y defender a la Iglesia nuestra Madre con pasión…

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)